

Oscar Iván CALVO ISAZA y Marta SAADE GRANADOS. *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis.* Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002.

La chicha, en las palabras de Oscar Iván Calvo y Marta Saade fue el «caballito» de batalla» de una de las campañas más importantes del siglo XX colombiano por higienizar y modernizar el país, a partir de la construcción de un pueblo nuevo como sustento de la nación.

Desde la colonia, el consumo de la chicha como bebida indígena fue condenado por ser una de las causas de «atraso» y «barbarie» de los pueblos. A pesar de esta condena secular, su papel como articulador de prácticas sociales en los grupos subordinados

se conservó incluso después de su prohibición en Colombia, por normativas sanitarias, a partir de 1948. La bebida fermentada se asoció cada vez más con la recreación y el alimento populares, bajo cuyo auspicio surgieron las chicherías como los lugares de socialización más importantes para los grupos étnicos y sociales subordinados: sitio de juego clandestino, amancebamiento y refugio ocasional para criminales. Sus consumidores habituales eran artesanos pobres, peones mulatos e indígenas, vendedores de las plazas de mercado y en general los sectores populares de las ciudades. Esta bebida representó un importante papel durante siglos en la dieta alimenticia de los habitantes del altiplano cundiboyacense; además de sus cualidades alcohólicas, era utilizada para saciar la sed y el hambre originados por las duras faenas de obreros y jornaleros en campos y ciudades.

A lo largo de estas páginas los autores nos advierten de la relación causal entre chicha y patología: la medicalización de esta bebida fermentada es también la historia de la institucionalización de la medicina en Colombia. Esto nos remite a las teorías eugenésicas, explícitamente racistas, que entraron a jugar un papel fundamental en la formación de un campo nuevo de acción y confrontación: lo social. Desentrañar el papel de la chicha en dicho proceso se convierte en el objetivo principal de este texto. En este sentido, Calvo y Saade se preguntan cómo surgió y se implementó una concepción patológica del uso de la chicha que hacía referencia exclusiva a los sectores populares, bajo qué condiciones se produjo la medicalización de sus prácticas sociales, en qué forma ocurrió el fenómeno de politización de las nociones emanadas del saber científico y cómo éste fue asumido por la población; en síntesis, cuál fue el papel de la lucha contra la chicha en el proceso de modernización, en la comprensión y la acción sobre lo social. El saber científico, clave para esta interpelación sobre lo social, se basa en un premisa básica: chichismo no es lo mismo que alcoholismo. El chichismo es una patología propia de los consumidores de la chicha, fundada en una experiencia de laboratorio y análisis clínico propios, y es esta definición la que permite cualquier acción del Estado.

Este problema se comprende teóricamente en el ámbito de la cultura como espacio conflictivo fundamental de la modernidad y en un debate de más largo alcance sobre la formación de la nacionalidad colombiana. Con estos fines, los autores van develando una serie de elementos íntimamente relacionados con el desarrollo de la ciencia en Colombia y las nuevas concepciones en torno a un proyecto de Estado que tuviera la capacidad de integrar y sobre todo controlar a los diferentes sectores sociales.

Para empezar, la cuestión de la «degeneración de la raza» alcanzó uno de los lugares preeminentes en los discursos de los científicos del cambio de siglo, teniendo como base la creencia en la existencia de una raza enferma y de una mano de obra poco eficiente. Esta polémica dio lugar a una fisura en el campo de los saberes científicos: por un lado se situaban los defensores de las tesis racistas de los autores europeos decimonónicos para quienes no se podía construir una nación soberana, que se gobernara así misma y se dirigiera hacia el progreso, sustentada en un pueblo que se consideraba enfermo y degenerado. Por otro lado, los que argumentaban que ya no bastaba «levantar» o «asimilar» al pueblo en términos biológicos sino que era preciso dotar a aquel

programa con un nuevo sentido político, demarcado por la necesidad de instituir la «paz social»: levantar la calidad de vida entre los trabajadores de acuerdo con las conquistas de los saberes modernos, generalizando la acción sanitaria y profiláctica encomendada a la ciencia y especialmente a la higiene pública.

Esta «misión social» pretendidamente redentora, sería abanderada por la higiene y la temperancia, cuya intervención sobre lo social fue planteada en términos de bienestar público y regeneración racial. A través de este postulado, el alcoholismo se convirtió en sinónimo de chichismo y los ataques al consumo de bebidas embriagantes en una pertinaz lucha contra la chicha.

Los proyectos políticos se orientaron, en primer lugar, a una necesidad de adaptar la enseñanza a los nuevos requerimientos de la nación. Por eso la escuela primaria debía contribuir a la solución de problemas como la pobreza, las enfermedades, la ignorancia y la falta de capacidad productiva, creando un nexo entre la educación práctica y el progreso económico. La misión de la nueva generación de pedagogos sería proteger a la infancia del contagio de las enfermedades y los vicios inherentes al medio racial. La escuela se convertiría, de este modo, en centro de experimentación social: allí los niños serían protegidos dentro de un período diario de cuarentena, con el objetivo de atenuar lo nocivo de la herencia y mejorar las condiciones de la vida familiar. A partir de 1905, el Estado introduciría en las escuelas públicas la lucha antialcohólica y fue allí cuando por primera vez se pensó en la higiene como una mecánica preventiva.

Por otro lado, para los círculos temperantes, la injerencia del consumo etílico en la capacidad y productividad de los obreros era negativa; los estragos del alcohol sobre la descendencia de los beodos «heredaban» a la nación las taras de un pueblo enfermo e incompetente a nivel laboral; Así, otro de los objetivos políticos del momento, tal y como exponen Calvo y Saade, sería disciplinar la mano de obra por parte de los empresarios y el Estado, quebrantando las maneras de utilizar el tiempo libre, a través de una reorganización del tiempo no laboral. Los trabajadores encontraban en los centros tradicionales de diversión –fundamentalmente en las chicherías– lugares de resistencia contra la imposición de los ritmos de trabajo y las formas de vida capitalistas. Por esto, las élites temieron la existencia de espacios de diversión donde se articularan las prácticas sociales populares con la inconformidad respecto al régimen político y el orden laboral.

La alimentación, la utilización de los espacios públicos o habitacionales, el consumo de bebidas embriagantes, los juegos, la religiosidad, la actividad política y hasta la propia forma de percibir la muerte estaban íntimamente ligados; los espacios de socialización, como las chicherías, las plazas de mercado, los cementerios y los templos sintetizaban la unidad de las prácticas populares. En esta creencia, las actividades y espacios del pueblo fueron saturados con rígidas reglamentaciones dirigidas por los principios de la higiene y la temperancia sobre la base de la debilidad de la voluntad del pueblo y su incapacidad moral, como derivación de su degeneración racial. La profilaxis de sus formas de habitar la ciudad, entendidas también en el campo de la patología llevaron a políticas de saneamiento de las fábricas, tiendas y restaurantes, y la construcción de nuevas viviendas para los obreros, encaminadas a ordenar

sus comportamientos desde el hogar. Estos establecimientos así como el conjunto de las formas de vida de los trabajadores, serían sometidos a un período y a un espacio de cuarentena que evitaría la propagación de sus enfermedades y el contagio de la totalidad del organismo social.

De este modo, el par pobreza-chichismo fue considerado como enfermedad, causante de la «degeneración de la raza». Esta lectura del consumo de bebidas embriagantes formaba parte de un diagnóstico más amplio que incluía el conjunto de las formas populares de habitar la ciudad interpretadas desde la apropiación médica de los saberes modernos. El término utilizado para referirse a este fenómeno, según los autores, fue el de «focos de infección».

Las diferentes medidas prohibicionistas, a partir de los años veinte, tendrían como modelo la experiencia prohibicionista norteamericana: las chicherías, como las escuelas o las fábricas, serían puestas en cuarentena lejos del comercio material y simbólico de la ciudad, al tiempo que separadas de lo que se consideraba normal: la vida civilizada de las elites. Sin embargo, los autores advierten una visible contradicción entre las intenciones moralizantes de las campañas antialcohólicas y la necesidad de mantener el fisco de los departamentos, fuertemente sustentado hasta entonces en las rentas de la fermentada, de ahí que no fuera posible emprender ninguna campaña sin tener en cuenta bienes sustitutivos de fabricación industrial, que, como la gaseosa, y especialmente la cerveza, pudiesen ocupar el lugar de la chicha como elixir popular. Desde 1921 se había intentado sustituir el consumo de chicha produciendo nuevas bebidas fermentadas elaboradas con base en maíz. Asimismo, de 1922 data la creación de los llamados restaurantes populares, dedicados a estimular los establecimientos que no vendieran chicha y a ofrecer productos alimenticios sustitutivos para la población capitalina. Con todo, la chicha siguió siendo la bebida del gusto popular y piedra de toque del conflicto social. La abundancia y constancia de acuerdos de este tipo permiten deducir a los autores que la población se negaba a cambiar las chicherías como lugares de alimentación y esparcimiento por los nuevos restaurantes populares. De hecho, la creación de las asistencias supuso una táctica que serviría de fachada a su actividad clandestina, como expendios de comida barata para los grupos populares y a su vez encubrían su carácter de chicherías.

Finalmente, el problema para los higienistas no residía realmente en la deficiente alimentación que supuestamente se recibía dentro de las asistencias, sino en la importancia que tenían estos establecimientos como núcleos de socialización y centros de articulación de las prácticas de obreros y artesanos. Espacios públicos controlados, alimentación sana y bebidas higiénicas fueron la base nominal de la batalla que durante décadas emprendieron los médicos para desterrar el consumo del «veneno criollo». Pero no sólo eso: la cruzada de los higienistas contra la chicha también se debió a la necesidad de integrar a los obreros en un mercado nacional, que rompiera los cercos locales, y en el cual tendrían lugar fundamental los productos manufacturados. De ahí que la cerveza adquiriera, mucho antes de la prohibición de las fermentadas en 1948, una dinámica de crecimiento que la convirtió paulatinamente no sólo en una renta fundamental para el fisco departamental, sino en la punta de lanza de la moderna

industria en todo el país. Tras el velo de la lucha contra la chicha se escondía un proceso dirigido no sólo a la conversión de la cerveza en una bebida popular sino a una transformación de mayor aliento sobre los mercados y los circuitos económicos dominados por el capitalismo. No hay sino un paso entre la fermentación del maíz y el fermento social, y entre el desorden y el delito, por eso «la chicha embrutece» y «la chicha engendra el crimen». Por lo menos hasta la década de los ochenta los chicheros fueron presas de una incisiva represión policial: cárcel, cierres, sobornos, pese a lo cual, la chicha no llegó a extinguirse.

La ciudad en cuarentena... supone un loable esfuerzo de análisis integrador de un complejo problema cruzado por múltiples variables con el elemento vertebrador de una bebida tan popular en Colombia como fue la chicha. En este sentido, cabe destacar ante todo la impecable utilización, por parte de sus autores, de distintas fuentes de documentación, tales como la legislación, la literatura o los análisis económicos de producción y consumo de la «fermentada amarilla». Asimismo, Calvo y Saade tratan de aunar en su estudio diversas fuentes metodológicas de tal forma que combinan el análisis histórico con los registros etnográficos, a través de la reconstrucción de una chichería tal y como se presenta en su aspecto actual, y a partir de ahí preguntarse por la funcionalidad del establecimiento y su permanencia a lo largo de décadas. Con todo, su intento adolece en cierto modo de una suficiente hilazón interna, dado el carácter especulativo de sus registros y la variedad misma de los documentos que presentan. De cualquier forma, el esfuerzo más notable a destacar residiría en la capacidad de combinar a lo largo del texto la exposición de los diferentes temas con una periodización precisa del problema de la chicha y la construcción del Estado colombiano a fines del siglo XIX y primera mitad del siglo XX.

ALICIA GIL LÁZARO